



ELADIO CABAÑERO: RECORDATORIO

# Hermano mío

*Félix Grande*

Fue el amigo más duradero de mi vida (cuarenta y cinco años de ininterrumpida amistad) y fue un poeta verdadero. Preguntad a los textos de Rainer María Rilke cuál es la servidumbre de los verdaderos poetas; pues bien: él aceptó esta servidumbre: supo que el poeta no se sirve de las palabras, sino que tiene el oficio de servirles a ellas.

Supo que las palabras castellanas tienen mil años de edad, y que por tanto es obligado aproximarse a ellas con inacabable respeto, como si nos acercáramos a venerables ancianos milenarios. “Tened fe en las palabras”, recomendó don Miguel de Unamuno, “porque ellas son cosa vivida”. Así es: han vivido mil años, y han sido pronunciadas por muchos grandes servidores del idioma (los poetas españoles e hispanoamericanos) y por billones de criaturas anónimas que hospedaron su vida en la posada del lenguaje: que nacieron, vivieron, hablaron, murieron y fueron olvidados.

De ese ejército inconcebible de criaturas olvidadas, que lamieron con su júbilo y su angustia a las palabras españolas, nos llega a todos como espléndida herencia un idioma ensalivado por la existencia misteriosa de billones de hermanos nuestros que ya descansan bajo tierra y que duermen en el olvido, pero que resucitan cada vez que pronunciamos o escribimos una



palabra con veneración y lealtad. El poeta Luis Rosales acertó a señalar las dimensiones colosales de ese regalo y esa responsabilidad que recibimos al nacer dentro de la especie que habla: “Las palabras, como las emociones, nacen en una fuente remota del sentir colectivo”; es decir, el idioma no es nuestro, lo tenemos en usufructo, y el deber de un poeta consiste no en malgastar esa herencia, sino en acrecentarla: porque se han reunido billones de criaturas humanas y mortales que lamieron con saliva solemne a las palabras, para que ahora nosotros no olvidemos que al hablar formamos parte de la historia profunda de toda nuestra especie. Un poeta verdadero no ignora ese jadeo colosalmente

colectivo ni la requisitoria formidable con la que las palabras se avienen a traducir nuestra emoción para integrarnos al misterio y a la emoción de nuestra especie. Así vivió ese hombre su oficio de poeta: sabiendo que la poesía es planetariamente fraternal, y si no lo es, miente. Supo y dijo que la poesía es “un rostro general y emocionante”.

Un ejemplo: contempló una silla interminablemente desolada y escribió: “Oh habitación aquella de Van Gogh en Arlés, ensangrentada de amarillo y de llanto”. Mi buen amigo ha muerto hace unos meses, en una residencia de ancianos. ¡Eladio Cabañero, hermano mío!■

## RESUMEN:

Félix Grande ha sido prácticamente hermano de Eladio Cabañero; amigos durante 45 años, su vida ha transcurrido por senderos comunes, en el tiempo y en el espacio, desde Tomelloso a Madrid, si bien cada uno ha preservado su particular relación con la poesía y con la palabra en general. Este texto de Félix Grande se publicó algunos meses después de la muerte de su amigo en el diario El Correo Español-El Pueblo Vasco.

Centro de Estudios  
de Castilla-La Mancha